

actos de la creacion, único estado en que podemos hacer uso con acuerdo de la representacion de nuestro sér. El figurarnos que se nos pueda esperar otra cosa que no sea la realidad de la vida en las cosas creadas, no tiene fundamento ni razon, y es abandonar á las leyes de la naturaleza para entrar á lo efimero de las ilusiones que nos conducen á los empíreos formados por la mitología fantástica de los hombres antiguos, sin tener ni nociones de cuáles sean esos cielos, ni adónde se hallan, ni cuál ni cómo pueda ser la residencia, en que hallándose los seres en el espíritu sin el progreso con que favorece la materia, pueda existir aquella residencia en condiciones de figura alguna, que la misma imaginacion no podrá ni reseñar.

Si vemos que con la forma representamos el acuerdo sensible de nuestra existencia, y que con ella nos damos razon de nuestros actos, y que de estos resulta nuestra accion de ser en la vida, ¿para qué esperar otra cosa que no pueda ser mejor? ¿Y qué otra cosa podria existir fuera de la misma naturaleza que nos viene conduciendo con el orden de sus mismas existencias? ¿Y para qué nos producía si no pertenecemos á las cosas reales que de ella salen al conocimiento de nuestra razon? Si para hacer uso de nuestra razon nos hallamos incluidos en los seres que produce la naturaleza, es una ingratitud y traicion infamante para nuestro sér, la pretension de ser hijos expúrios de nuestra madre la "naturaleza."

CAPITULO XV.

DE LA NADA, NADA PUEDE SALIR NI ENTRAR Á ELLA.

Nosotros respetamos toda idea de los hombres que consideran la existencia de Dios y de las almas, en cualquier sentido que los juzguen, sin señalar individuo con

figura alguna, que no es posible tener conocimiento de cómo puedan ser; cuya consideracion admitimos en nuestro juicio, y vemos como acerbos y nauseabundas las doctrinas de Schopenhauer, Francisco Vila, Dr. Büchner, etc., que, segun sus doctrinas, la diferencia entre ellos y los vegetales, solo consiste en que estos últimos no han hablado por falta de alma para decir con aquellos que solo han existido para que los veamos vegetar y desaparecer dentro de los efectos de la materia.

Tenemos que respetar á M. Lotze, filósofo alemán, po que al defender la idea espiritual, dice que las leyes de la vida deben de referirse á las leyes de la física, la química y la mecánica, y separa al alma como la causante del pensamiento, dándole el poder legislativo, y valiéndose del cuerpo como poder ejecutivo. Los esfuerzos intelectuales para indagar los misterios de la naturaleza vital, serán contados siempre entre los más preciados usos de las facultades humanas, cuyos problemas no podrán verse con indiferencia por más que, mirando solo la vida presente, no nos fijemos en la futura.

La indagacion de la vida futura es de tanto interés para la especie humana, que no guarda ninguna comparacion con otros intereses que pueda haber: es la esperanza futura, es el porvenir que se indaga, es la causa humana pendiente, es, en fin, el fallo de vida ó de muerte de la humanidad. Quien de buena fé desconozca la cuantía de este interés, no tiene uso de la razon, ó ya tiene anticipado el consentimiento que le resultó admitiendo lo de otros, ó lo de su misma indagacion. Pero en tales casos nunca será desconocido el valor que encierra en sí el indagar ese porvenir, único resultado de saber si somos ó nó. Sin embargo, hay hombres que en sus consentimientos pesimistas dicen: "Todo lo que nace salió de la nada y á ella vuelve." Quieren confundir el yo del individuo con el caos de lo infinito, anonadándolo en él.

Lo infinito se halla en la misma realidad del sér, y quien pretenda hallarlo fuera de él, entrará á ese caos del vacío que hace la idealidad de la nada. Supongámonle un valor á esa idealidad de la nada, y entónces preguntamos: ¿en qué se anonada la existencia del sér en donde quiera que esté, con la existencia de la nada, en donde quiera que se halle? Y en otro sentido decimos, ¿por qué se desvirtúa un sér ocupando un punto que le es necesario en el espacio infinito y dejando lo demas que no necesita para que lo ocupen los demas seres? Si su existencia la identifica en el punto en donde se halla ¿qué le incumben al sér los demas puntos que puedan existir en lo infinito? ¿Y en qué puede temerles para quedar anonadado en ellos? Si el sér de un individuo lo representa él mismo dentro del número infinito de los demas, ¿acaso deja de ser *uno* por hallarse incluido en lo infinito de los seres? Si juzgan los pesimistas haciendo comparacion entre el tamaño de nuestro sér con el espacio inmenso en donde residen todos los seres, y con esto se creen anonadados, les diremos que, si como es de grande, fuera pequeño, entónces se quejarían de reducidos, y no iremos muy léjos. ¿Qué juicio ó nombre le dan al reducidísimo tamaño de las vesículas seminales en donde nuestra alma hace su primera incorporacion? ¿O cuál sea el tamaño que les parezca el término medio para la existencia real de los seres, y cual pueda ser el local á propósito de sus residencias? Ya lo han dicho, la *nada*. Está bien: quien tal dice, está convencido por su misma conciencia que no es ni algo, y con ese mismo valor se debe apreciar todo lo que diga, y aun él mismo debe apreciarlo así. Pues quienes a-í opinan, deben abandonarse á sí mismos, como lo hizo Diógenes cuando comprendió que lo mismo era hablar que estarse callado, ser sabio que tonto, y, por último, que lo mismo era vivir que estar muerto; pero aquel filósofo se decidió por anonadarse á sí mismo, y

los publicistas de la nada no lo hacen así, pues tienen un amor propio exaltado cuando no se paran en medios para publicar su talento que alcanzó el saber que somos nada. Si dijeran como Sócrates: “Yo sé que no sé nada,” no harian con sus publicaciones un mal á la humanidad que los escucha y á quien sorprenden.

Las causas porque los ateistas, ó sean los pesimistas de la nada, dudan de la existencia de Dios y de las almas, no es que se hallen completamente desengañados de que no existan, pues el hombre por más que eleve sus pensamientos filosóficos racionales, único terreno en donde pueden indagarlo, no hallará datos ciertos con qué manifestar la no existencia de Dios y de las almas. Resolverá en ello hipótesis y teorías en causas extrañas al caso y confundidas con otras que al fin concluirá por tener una persuacion errada y vacilante. Estos hombres hallándose inseguros, vuelven á buscar á Dios y á las almas, y hallan la misma cosa, es decir la inseguridad y vacilacion. En la materia no hallaron á Dios ni á las almas: en lo milagroso encontraron la ignorancia, el error y lo infinitamente imposible. En la *nada* vieron el caos, al cual lo juzgaron como una solucion que encontraron en sus indagaciones, resolviéndose, por fin, á entrar anonadados en él, y por eso dicen: *lo que salió de la nada, á la nada vuelve.*”

La clasificacion que determinan en lo milagroso, no puede ser más en razon: nosotros creemos lo mismo que ellos; que es la ignorancia, el error y lo infinitamente imposible, y agregamos más todavía: es la *nada* á donde los pesimistas de ella, persuadidos voluntariamente, han entrado, pues han sido conducidos sin la intencion y sin saberlo, á la accion de un estupendo milagro, pues el mismo Dios no podrá sacar ni algo de lo que no existió con El, y ellos han hecho un doble milagro: *han salido de la nada y han vuelto á ella . . .*

Aquí repetimos: los miopes espiritualistas que suponen á las almas salidas de la nada, ven un poco mas que los ciegos fatalistas que las conducen á ella, pues aquellos hallaron á Dios en su sér acompañándole la *nada*, y de esta salieron la materia y las almas, perpetuándose Dios y las almas, y volviendo la materia á la *nada*.

Si el hombre hace indagacion de sí mismo, es porque consiente que es un sér; de lo contrario no consentiría ni en la indagacion ni en el sér. Que se juzgue lo que se pueda hallar en esa sustancia singular infinitésima del espíritu, y se verá que contiene infinitamente mucho mas valor en el sér que el ninguno que contiene un efecto en su sér insustancial, tal como el que reproduce el Dr. Bü hner al decir que "el alma es un efecto de la *materia cerebral*."

Si el hombre tuviera plena seguridad de que su sér no era más que un efecto pasajero en el único periodo de su vida presente, ¿qué le importaría su misma existencia ni las demas? ¿Para qué podrian servirle los sentimientos, la moral, el patriotismo, el amor propio, las riquezas, etc.? ¿Para qué publicaba sus obras escritas con su fatal consentimiento, demostrando su amor propio en saber que somos nada? En fin, ¿para qué prever el día de mañana si no existimos en la víspera? Nosotros no creemos en la persuacion íntima de esos hombres: sin embargo, si existen algunos, los creemos desfavorecidos en el presente periodo de su vida, y no más allí.

Toda religion tiene por acierto el consentimiento del alma hácia el fin que la conduce: ese mismo consentimiento, esa esperanza, y, por fin, esa accion continua procede de los seres reales que la promueven, y no de la *nada* que no existe. La creencia en ella tiene su mismo valor, y procede de hombres equivocados que llevados por la descomposicion de la forma creada y por la cabida que da el combatir á la existencia del alma cuando se supone

salida de la nada, condensan en ésta á su misma inteligencia.

Cuando el hombre ocupa su imaginacion sobre el principio de todas las cosas, ¿qué tendrá que hacer para no dejar principio que no remueva? ¿Y cuál será la cosa, sustancia ú objeto que tome para hacer su escrutinio de principio en ello? Si su indagacion se dirige á las cosas sustanciales, por donde quiera que comience hallará sustancia en donde hacer su escrutinio de principio; mas si se dirige á lo insustancial, desde luego le diremos que comience por remover el principio de la *nada* como el último extracto condensado de la disolucion analizada de su indagacion.

Si una sustancia es demolida hasta lo infinito, siempre existirán las partículas últimas de la demolicion, sin que de aquí pueda resultar jamas el principio de la *nada*. Esta eternamente ha sido y será *lo que no existe en sustancia*. Ahora decimos, esas partículas de la demolicion hasta lo infinito á donde llegó la division de la sustancia demolida, ¿qué podrán representar cada una de las partículas con su sér de sustancia indivisible y tan infinitamente pequeño? Aquí diremos que sin embargo de ser exagerada esa demolicion de la sustancia hasta lo infinito, el resultado será hasta donde llegó lo indivisible de ella, de la misma manera que la constituye en el éter atómico, hasta donde llegará la indagacion de principio que el hombre haga de la sustancia. Pero si el hombre prosigue en su indagacion, sin dejar principio que no remueva, aquí nos dirá, ese éter atómico, ¿de dónde salió á representar su existencia ante la *nada*? A esto se debe decir: ese éter que constituye los átomos de la sustancia, es la causa de principio de ésta, y como dichos átomos no contienen en sí ninguna forma de otro principio, ellos son el principio mismo, el cual no puede ser removido por otros principios que jamas han existido. En

ellos reside lo infinito en el principio y lo infinito en lo eterno: ellos son el termómetro de la eternidad que determinó el *cero* en el tiempo.

Mientras queramos ver las cosas como se hallan en la creacion, no será posible hallar definiciones sobre la realidad de nuestro sér, el cual se halla en el espíritu; mas esta discusion sobre la manera de ser espíritu, es la que se debe tratar en todas nuestras indagaciones; pero éstas deben fundarse en las cosas naturales sin apartarse de ellas, para buscar cosas milagrosas, que jamas se hallará nada en ellas.

La creacion tendrá su efecto estable cuando las formas se perpetúen; pero mientras esto no suceda, tenemos que considerar á nuestro sér ya en el espíritu sólo ó ya animando á la forma, y una vez que el tiempo no existe más de en la vida presente, ésta se halla perpetuada sin interrupcion sensible al volver las almas á la presencia de un mismo tiempo.

Si al espíritu queremos hallarlo de alguna otra manera que no sea en la sustancia individual infinitésima, nos separamos de la naturaleza que nos presenta sus cosas de aquel origen, lo cual dará por resultado que mientras más se va civilizando el hombre, más se confunde, porque comprende lo irrealizable de toda idea contranatural. En las consideraciones naturales sucede lo contrario, la instruccion va dando siempre mucha luz en la indagacion.

Que nuestro sér se halle en la sustancia infinitésima que constituye el espíritu, es un hecho de los más verdaderos y naturales que puede haber, supuesto que son las sustancias indivisibles de donde resulta la misma obra de la naturaleza visible. Tan luego como el hombre ponga su atencion en esta realidad, empezará á ver con los ojos de la naturaleza, y en seguida irá comprendiendo sus leyes de creacion, y para esto no se necesita más que ob-

servar que todo el arte natural que nos presenta lo creado, viene de ese origen de las sustancias espirituales que se hallan en el átomo, cuya verdad es infalible, pues no habrá en el mundo quien pueda probar lo contrario. Así es que sea cual fuere el objeto, cosa ó sér que se quiera indicar de las cosas creadas, jamas se hallará una cosa que sea innata en la forma. Todo, absolutamente todo, se ha formado de ese principio infinitésimo de las sustancias atómicas divididas en calidades diferentes, en que unas forman á la materia y otras se quedan en su estado espiritual, para representar al individuo de la forma.

Sobre la indagacion resultante de la especie humana existen muchos argumentos en diferentes idealismos, cuyas indagaciones vienen desde el principio de la especie, y desde ese mismo principio se han desviado del camino que los podria conducir á mejores datos. Desde entonces se tomó por base en las discusiones á ese problema indefinible de buscar el principio de las almas en la *nada*, y querer hallarlas despues elevadas hasta los empíreos. Desde ese principio, si se hubiera fundado por base un problema definible hecho consistir en la realidad de la sustancia eternamente existente y no en un principio salido de la *nada*, ya se habria ganado mucho, pues tantos siglos de discusion impresa en el lienzo sustancial, ya hubieran dado mucho provecho á la discusion; pero todo se ha perdido por haberlo impreso en el lienzo del vacío, en donde jamas nadie podrá ver impreso ningun indicio de realidad. Hoy existen discusiones árduas entre espiritualistas y materialistas. Por fin ya se ha dado un paso más adelante para hallar la causa en la sustancia espíritu, pero siempre está de por medio la base antigua del problema indefinible, sirviendo de rufo obstáculo en ambas discusiones.

Los espiritualistas por la luz de su razon convienen en la real existencia del alma, pero como no la ven-

en la forma material hacen una deducción en ella espiritual, y ocurren para certificarla á muy buenos razonamientos, en favor de su real existencia; pero dejan en dichos razonamientos un vacío en la manera exagerada en que la elevan despues de haber salido de la *nada*, en cuyo vacío caben las refutaciones de los materialistas. Estos que ven que el progreso solo existe en los seres materiales de la creación, niegan la existencia del alma, por no ser posible que lo que salió de la *nada* no sea ella misma; y como éstos creen que el alma es un efecto de la materia, que al descomponerse ésta aquella tuvo una existencia pasajera, no convienen en más existencia.

El que el alma haya salido de la nada, siendo como lo es una sustancia, no cabe ni por misterio en ningún razonamiento que tenga lógica, pues todo misterio que se quiera fundar en que se les dió principio á los seres sustanciales, deja de ser misterio, y con ello se niega al mismo Dios. Los misterios nosotros los admitimos cuando existiendo los efectos no aparecen las causas en la materia, pero que es forzoso que exista la causa sustancial, pues sin ese origen jamás aparecerá ningún efecto. El alma encierra un misterio porque existen sus efectos los más sorprendentes y positivos que existen en este mundo, y tiene que ser una sustancia que sin ella faltaría el efecto y la causa, y en tal caso no habrá base sobre qué discutir, ni misterio que pudiera ser. Si la etimología de la palabra *misterio* admite otras acepciones que encierran revelaciones de Dios por medio de la fé, y el espiritualista sostiene el misterio, abandona con esto á la sustancia que hace la causa y con esto lo ataca con facilidad el materialista con su materia, porque éste certifica la causa en la sustancia que manifiesta.

El hombre ha tenido la necesidad de juzgar las cosas como se hallan en la creación, de cuya experiencia práctica han resultado las ciencias exactas y positivas, las

cuales están sujetas á los experimentos en las sustancias ya formadas, como las únicas que percibe el hombre dentro de la creación en que él mismo se halla. De manera que los seres que están fuera de dicha creación, (los átomos), las ciencias ciertas son incapaces de penetrar á ellos, y se les espera á que salgan de aquel estado innato, para poder juzgar á la forma. De esta manera el hombre solo conoce á la sustancia que ha entrado al orbe de la creación, pues todo aquello que por su naturaleza se halle siempre en su estado innato, y exento de formar cuerpos, (como el alma) no entra al conocimiento del hombre, por la educación que éste ha recibido en su vida mancomunada solo con las cosas creadas, y sin embargo, el alma entra al orbe de la creación; pero el hombre no la admite porque no la ve. Por esto se ha ocurrido siempre á la hipótesis para poder juzgar á esos seres innatos que no entran á los experimentos de las ciencias positivas. Un experimento, primero tendrá que pasar por la combinación imaginada del hombre, y despues pasará á la práctica del hecho material cuyo resultado científico será positivo, siempre que se manifieste con la causa material resultante, cuyas reglas positivistas ó empíricas se hacen consistir en lo visible y tangible, ó en lo invisible no más.

Las matemáticas son exactas y positivas, porque imaginando primero un número determinado de objetos, la prueba se hace consistir en manifestarlos, los cuales se pueden ver, palpar y salir exacto el número determinado é imaginado con anterioridad; pero si dichos objetos no se quieren ó no se pueden palpar, bastará verlos y contarlos, para admitir la prueba matemática positiva. Ahora bien, el astrónomo y el fisiólogo, el primero con el telescopio y el segundo con el microscopio, ambos se encuentran por medio de dichos aparatos científicos, traspasando los límites naturales en que se halla su vista. Debido á ese adelanto la prueba matemática ha seguido exacta y po-

positiva hasta donde alcanza la vista ya reformada para percibir los objetos que no estaban á su alcance, y que siempre siguen perteneciendo al orbe de todas las cosas creadas en el universo.

Si el empirismo prosigue siendo int. lerante habrá que vencerlo con sus mismas armas, pues es positivo que hubo un tiempo en que el hombre no conoció el telescopio ni el microscopio, y sin embargo, todos los cuerpos que están mas allá de la via láctea y en los microbios, es positivismo y el empirismo negaron sus existencias, siendo positivas desde entónces. Hoy no tienen derecho esos sistemas para negar que más allá de donde alcanza el telescopio existan seres positivos, lo mismo que más allá de donde alcanza el microscopio, y seria una positiva ignorancia negar hoy esas existencias que aun no dan la prueba positiva en el empirismo.

La sustancia en su estado innato, es para los conocimientos del hombre una naturaleza agena de su estado que lo constituye en la creacion; pero es positiva su existencia cuando vemos salir de allí á la forma, de cuya fuente original procede todo lo creado, haciendo ese principio aquellos seres singulares é individuos en donde tambien se hallan las almas ante quien se manifiesta la prueba positiva de la creacion. El que no veamos salir esas causas de ese origen infinitésimo, hace que sus efectos nos parezcan milagros, en cuyo caso se ha la la forma que representa nuestro mismo sér. Las existencias más potentes y poderosas que se pueden conocer no han infundido al hombre el temor como lo ha hecho esa inexistencia que lleva el nombre de *la nada*, en cuyo caos se confunde en el análisis que hace de los ritos religiosos.

Mientras no se dé una definicion á los misterios que encierran las religiones, basada en la eternidad de Dios y las almas, progresando éstas en la creacion, el hombre se precipitará en la duda en los periodos de su vida de-

esperada, cuando advierta que su esperanza tiene por fundamento á la *nada*. Entre infinidad de casos así sucedidos citaremos al poeta mexicano Antonio Plaza, quien en todas sus poesías trasluce esas dudas que lo anonadan y lo desesperan. Al efecto, copiaremos los siguientes sonetos tomados de su obra titulada "Album del corazon:"

SONETO.

Nada es quien fué nada.
PIRIBON.

Nadaba entre la nada, sin empeño,
A la vida que es nada, de improviso;
Vine á soñar que soy, porque Dios quiso
Entre la nada levantar un sueño.
Dios que es el todo y de la nada es dueño,
Me hace un mundo soñar; porque es preciso:
El siendo Dios, de nada un paraíso.
Formó, nadando en eternal ensueño.
¿Qué importa que en la nada confundida
Vuelva á nadar, al fin, esta soñada
Vil existencia que la nada olvida,
Nada fatal de la que fué sacada?.....
¿Qué tiene esta ilusion que llaman vida?.....
Nada en su origen.—¿Y en su extremo?—¡Nada!

SONETO.

Tres dioses hay en uno soberano
Del romantismo en los celestes lares;
Dioses hay del salvaje en los aduares
Y en el Nimbos tambien, del bonzo ufano.
En el absurdo Olimpo del pagano
Los dioses se registran á millares: